



EL SECRETO

**E. Phillips
Oppenheim**

Sir Hardross Courage es un jugador de críquet británico de clase alta cuya vida se pone patas arriba después de un encuentro casual con un espía llamado Guest, que ha descubierto un secreto que podría decidir el destino de Inglaterra.

Como Guest siente que su muerte es inminente y como Courage no quiere quedarse de brazos cruzados mientras su país podría estar en grave peligro, consiente que Guest le transmita el secreto. Así se sumerge en un mundo de conspiraciones internacionales, donde el peligro acecha en cada esquina y donde conoce a la mujer de sus sueños; una espía estadounidense que puede estar o no de su lado.

Capítulo primero

La habitación n.º 317

Me acerqué al ancho mostrador de caoba, y dirigiéndome al empleado enfundado en el levitón, en cuyas solapas aparecía bordado en oro el nombre del hotel y que me dedicó la más amable sonrisa, le dije:

—Desearía una habitación del tercer piso, del ala que da al este, hacia el centro del pasillo. Es la núm. 317, y la ocupé la última vez que estuve aquí.

El funcionario examinó la tarjeta que yo habíale entregado, y con gesto dubitativo, me respondió:

—Siento decirle que todas las habitaciones de esa parte del hotel están ocupadas, mister Courage. Lo único que puedo hacer es reservarle una habitación del segundo piso por el mismo precio.

Iba a darle mi conformidad a su propuesta cuando, tras unas palabras de disculpa llamó a un joven que estaba cerca y le encargó que me atendiera. El funcionario salió del mostrador apresuradamente en dirección a un caballero que atravesaba el vestíbulo en tal momento.

El joven extendió sobre el mostrador un plano del hotel, y tras un ligero examen, me dijo:

—Quisiera complacerle, señor. En el tercer piso hay varias habitaciones que aunque están reservadas no han sido ocupadas. Si tiene tanto interés en instalarse en la habitación núm. 317, lo único que puedo hacer es darle la llave y cuando venga el que la tiene concedida le destinaré la núm. 217, que está libre.

—Yo prefiero la núm. 317 —le respondí—, y celebraría que pudiera complacerme.

Escribió el número en una cartulina y se la entregó al mozo que esperaba para subirme el equipaje. Un criado tomó la llave de mi cuarto y me rogó que le acompañara al ascensor. Y por lo que luego ocurrió, me he preguntado muchas veces qué fin tendría el infortunado joven que tuvo la debilidad de acceder a mis ruegos concediéndome la habitación núm. 317 del Hotel Universal.

Serían las seis de la tarde cuando después de bañarme y de vestirme me encaminé a la peluquería. Ya como nuevo salí a la calle para pasar el tiempo como suelen hacerlo en la capital los señores que vienen del campo... con un propósito determinado. Tras un largo paseo cené en mi Club, fui al teatro Empire con un par de amigos, tomé un resopón en el Savoy y a última hora recalé nuevamente en el Club, jugué una partida de billar, saboreé el último *whisky* sodado y me fui a dormir, satisfecho por la proximidad del descanso, pues estaba un tanto fatigado y tenía sueño. Estaba seguro de que apenas me metiera en cama me quedaría como un trompo.

Pero en la vida de un hombre, como en la de las naciones, las cosas más fútiles toman a veces un giro inesperado y terrible... Había dejado entreabierta la puerta del dormitorio, y con los zapatos desatados me senté al borde de la cama para apurar el cigarrillo que suelo fumar cada noche antes de acostarme. De pronto, oí un ruidito que atrajo mi atención, y que obedecía sin duda a alguien que se movía con paso furtivo por el corredor. Me incliné para escuchar mejor, y, sin llamar previamente, abrieron la puerta de golpe y entró un hombre con las ropas destrozadas y en estado lastimoso. La sorpresa fue tan grande que tardé en vencer mi azoramiento.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —le pregunté por fin.

El extraño tipo hizo un angustiado gesto como suplicándome que guardase silencio. Jadeaba, y en su rostro se reflejaba un invencible temor. El intruso había cerrado la puerta por dentro, como previendo un peligro, que debía ser cierto, por cuanto al punto oímos unos pasos apresurados en el corredor que cesaron ante mi habitación. Tras un corto silencio alguien llamó golpeando el tablero con los nudillos, sordamente. Quise ir a abrir; pero el intruso se me acercó, para decirme con voz susurrante:

—¡Por el amor de Dios, estese quieto!

—¿Por qué?

—¡Quieren matarme! —exclamó, sin ánimos para más explicaciones.

Volví a sentarme en el borde de la cama, atosigado por una confusión que me dejaba irresoluto y desarmado. En circunstancias ordinarias, la súbita aparición de aquel sujeto hubiera provocado en mí un irreprimible acceso de cólera. De todos modos, yo no podía permanecer inactivo ante el deplorable estado de ánimo de aquél ser tan pusilánime que se acurrucaba junto a mí cómo implorando protección. Pero ¿a qué se debía su evidente abatimiento? Le examiné cuidadosamente. Sus facciones eran correctas y atractivas; pero las afeaba la contracción de la boca y de los ojos a causa del terror que sentía. Miraba como si viese algo espantoso que estaba más allá de la muerte. Su perfecto afeitado realzaba la palidez de sus mejillas.

Nada podría describir mejor el efecto que me habían causado sus breves palabras que mi total convencimiento de la veracidad de lo que me había anunciado, y eso que yo soy un inglés que sabe dominar sus nervios, nada cobarde y poco dado a imaginaciones. No puse en duda de qué detrás de aquella puerta de mi residencia ocasional, en un hotel londinense, había uno o más hombres dispuestos a asesinar a este desconocido que se arrimaba a mí como el naufrago que se agarra al madero que constituye su única, esperanza de salvación.

Al oír en la cerradura el roce de un objeto metálico, corrí hacia la puerta y eché el pasador. Percibí las vueltas de una llave y el forcejeo insistente; pero, al hallar resistencia, se retiraron los que trataban de abrirse paso. Segundos después noté que abrían y cerraban la puerta de la habitación contigua, que comunicaba con la mía mediante una puerta que yo había asegurado con el cerrojo antes de empezar a desnudarme. Momentos después vi que estaban forcejeando contra esta puerta divisoria, por lo menos dos hombres.

—¿Qué están haciendo ustedes? —grité, iracundo—. ¿Es qué no tengo derecho a descansar?

No contestaron; pero el silencio no impidió que continuasen su tarea. Los tableros de la puerta empezaron a ceder, y en previsión de lo que yo temía saqué de mi maleta un pequeño revólver, que actuó mágicamente sobre mi misterioso visitante. Me arrancó el arma de las manos, la acarició amorosamente y prorrumpió con exaltación:

—¡Gracias al cielo, ahora moriré cómo un hombre, matando!

Me senté otra vez en la cama y examiné mi reloj de pulsera. Eran las dos, y aún seguía en pie, con la perspectiva de una noche de vigilia. La puerta estaba a punto de ceder, y con el propósito de contener a los que pretendían penetrar en mi habitación, me acerqué a la pared medianera y vociferé con rabia:

—¿Qué quieren, se puede saber?

Continuaron su obra sin contestar, y en la puerta advirtiéndose una hendedura que hacía visibles a los supuestos agresores. Mi compañero de cuarto se puso en guardia; empuñaba el revólver con la firmeza de quién está acostumbrado a manejar tales chismes. Observé que no obstante su lividez cadavérica, las líneas de su rostro se habían suavizado al disminuir la tensión terrorífica que le dominara minutos antes. Entonces pude comprobar que era más joven de lo que yo había creído, y más alto.

Su actitud era la de un hombre acorralado; pero decidido a vender cara su vida. Llevaba traje de etiqueta, aunque convertido en harapos por la lucha que había sostenido con sus perseguidores. La corbata blanca le colgaba medio deshecha; pero los pantalones conservaban la irreprochable elegancia de un buen corte. Sus manos eran finas y delicadas y las uñas revelaban la habilidad de una manicura cuidadosa. Lo más sorprendente de su figura era que conservando un cutis fresco y juvenil, tenía los cabellos totalmente blancos.

—¿Qué lío es éste? —le pregunté, deseando saber a qué atenerme.

—¿No lo ve usted? —me interrogó a su vez.

—Quiero decir que si se ha liado usted con la policía —aclaré yo.

—Ésos no son de la policía —respondió.

—No es que a mí me asusten las peleas —le advertí—; pero deseo saber de qué se trata. ¿Qué pretenden éstos?

—Quitarme la vida —dijo sencillamente.

—¿Porqué?

—No se lo puedo decir.

En este punto me asaltó una idea que no dejaba de ser ridícula. En la cabecera de la cama había un timbre, y sobre la mesita de noche un teléfono. Apreté el botón del timbre.

—No funciona ni vendrá nadie —me advirtió mi acompañante.

Entonces se apoderó de mí ese sentimiento de violenta indignación que late siempre en el fondo del carácter de los británicos. Lo que más me excitó no fue precisamente lo molestos que me estaban resultando tanto el intruso que se había metido en mi cuarto como sus perseguidores, sino la privación de mis derechos como ocupante de un cuarto de hotel. Encolerizado, llamé a la camarera, al criado y al botones; pero nadie acudió a mis llamadas. El timbre no sonaba y el teléfono continuaba silencioso. Mientras tanto,

los que forzaban la puerta estaban a punto de echarla abajo.

—¿Cuántos son los que le persiguen? —le pregunté al que se hallaba en mi cuarto.

—Dos —me respondió.

—¿Y si yo salgo en su defensa, hará lo que le diga?

—Sí —repuso, tras vacilar un momento.

—Pues deme el revólver y ocúltese debajo de la cama.

Me lo entregó de mala gana con el tiempo justo para ocultarse, pues la puerta había cedido y dejado paso franco a un individuo que con todo aplomo se dedicó, sin perder el aplomo, a arrimar las astillas a la pared. Y el que entró tras él se plantó ante mí como atontado, lo mismo que si estuviera viendo un fantasma.

Capítulo II

Un asalto a medianoche

Advertí en seguida que los asaltantes no esperaban hallarse ante un hombre distinto al que perseguían. La sorpresa que expresaron sus rostros era auténtica. Y yo, verdaderamente, no estaba menos sorprendido. No tenían apariencia de criminales nocturnos.

—¿Puedo preguntarles a qué debo el placer de su inesperada visita? —pregunté al que se había entretenido apartando las astillas.

El hombre sacó un pañuelo y se secó el sudor que corría por su frente. Era un tipo bajo y de recia contextura, de barba espesa tirando a rubia. Sus ojos de miope giraban tras los cristales de sus lentes con armadura de oro. Llevaba traje de viaje y zapatos de color. Su aspecto era el de un tendero provinciano al que le van bien los negocios.

—Creo que hemos sufrido un error, y le pido perdón, caballero —se excusó—. Vamos buscando a un individuo que suponíamos refugiado en esta habitación.

Mientras hablaba tenía la mirada en uno y otro lado de la sala, como tratando de descubrir a su enemigo, y su compañero tampoco dejaba de escudriñar todos los rincones con el mismo afán; pero no conseguían hallar trazas de lo que les importaba.

—Cuando amanezca ya explicarán el caso a la dirección —dije yo, ceñudo y en son de amenaza.

Hasta este instante no me había fijado en el otro individuo. Era de baja estatura y de expresión abobada. Tenía ancha la frente y los ojitos hundidos. El traje de etiqueta que llevaba no aminoraba la ordinariez de su porte ni la repulsión que inspiraba. La gruesa cadena de oro que iba de uno a otro bolsillo del chaleco, delataba su estúpida ostentación.

—Me molesta esa excesiva curiosidad que demuestran. ¿Tanto les interesa mi habitación? —les dije acercándome a ellos con el propósito de hacerles salir.

—Le anuncio, caballero, que ese individuo que buscamos es tan peligroso que el hecho de ocultarlo le podría reportar graves consecuencias —repuso el que había permanecido callado hasta entonces y que, a juzgar por el acento, era extranjero.

—No se preocupe de mí —le hice observar—. Soy ya suficientemente mayor para saber defenderme.

Yo me había puesto junto a ellos y me examinaban como queriendo adivinar la capacidad de resistencia que yo podía presentarles. Sin duda pretendían atacarme; pero mi estatura y mis anchas espaldas les dieron a comprender que todas las ventajas estaban a mi favor. Además, el revólver que yo empuñaba ahora más ostensiblemente, acabó de tenerles a raya. El más bajito creyó conveniente apaciguarme, hablándome en tono melifluido y en forma suave.

—Estimado señor, le ruego que se haga cargo de la situación. De ningún modo queremos pelearnos con usted; pero hemos de hallar a la persona que buscamos. No tiene por qué inmiscuirse en un asunto que no le atañe a usted.

—Tampoco yo quiero peleas, y menos en mi habitación, donde nada justifica su presencia. Lo único que deseo es que se vayan y me dejen en paz.

No obstante haberme querido tranquilizar hasta entonces, era evidente que no estaban dispuestos a complacerme. Su taimada actitud me hacía entrever que la cosa no acabaría bien, pues uno de ellos hizo un gesto y ambos se

apresuraron a sacar sendas pistolas, lo que me obligó a dar un paso atrás para ponerme en guardia. El de los lentes con montura de oro, me habló con entera franqueza. La ventaja estaba ahora de su parte.

—Ea, no perdamos el tiempo —dijo—. En esta habitación ha entrado un hombre que hemos de llevarnos. Para que comprenda la seriedad con que actuamos sólo le diré que tengo tomadas todas las habitaciones de este pasillo, y que los teléfonos de todo el piso están desconectados y cortados los hilos de los timbres. Si usted accede a que registremos el cuarto hasta que encontremos a ese tipo, nada malo le ocurrirá a usted; pero si rehúsa se comprometerá más de lo que pueda suponer.

A esta amenaza respondí disparando dos tiros de revólver contra el cielo raso con el afán de llamar la atención de los huéspedes o de los criados del hotel, a lo que respondió uno de los asaltantes cayendo sobre mí con la fiereza de un gato salvaje; pero le contuve descerrajándole un tiro que no hizo blanco por verdadero milagro. El otro aprovechó este momento para apagar la luz. A la obscuridad siguió una escena caótica. El primero que se acercó a mí rodó por tierra bajo la fuerza de mis puños; y al que intentó agredirme por la espalda, le golpeé la cabeza con mi revólver. Me detuve un momento para recobrar la respiración y el rumor de unos pasos furtivos me dio a entender que no estaba fuera de peligro. Grité con toda la plenitud de mis pulmones, pidiendo socorro y palpé la pared en busca del conmutador de la luz; pero me paralizó de repente un ronco lamento exhalado por el que se había ocultado tras las cortinas de la cama. La sangre se me heló en las venas y el sudor me cubrió la frente. Cuando me rehíce, tenté la pared en busca del interruptor de la luz; pero antes de conseguirlo noté en mi cuello el cálido aliento de un ser humano. Di un salto a tiempo de esquivar el golpe de un arma traidora, pues oí el suave chasquido del viento al ser cortado. Mi vida estaba en juego. Era evidente que mi agresor trata-

ba de asegurar el segundo golpe. Me quité los zapatos y me deslicé descalzo hacia la zona de seguridad adónde me empujaba mi instinto; pero mi incógnito enemigo no renunciaba a su presa, por cuanto husmeé su proximidad. Iba a disparar a tientas cuando sobrevino lo que yo tanto anhelaba. Oí una voz en el corredor y pasos de alguien que debía acudir en mi socorro. Al instante el anhelo dejó paso al asombro al notar el roce de una falda de mujer y el hálito de un perfume de violeta. De golpe fue descorrido el pasador de la puerta, que yo había echado, y casi instantáneamente mi mano tropezó con el conmutador. Le di la vuelta y la luz eléctrica surgió con su bienhechora blancura. Miré en torno, medio deslumbrado, y no vi a nadie. Corrí al otro compartimiento, y lo hallé vacío. No había rastros que indicasen que allí hubiese otra persona que no fuese yo. Me dirigí hacia el pasillo y ante el umbral de la puerta hallé al sereno del hotel, sorprendido y silencioso.

—¿Les ha visto? —le pregunté—. ¿Se han ido por el pasillo?

—¿Quién, señor? —me preguntó, con estólida expresión.

—Dos hombres, uno bajo y grueso y el otro más alto y delgado. Segundos antes de llegar usted, estaban aquí. Se habrán metido en alguna de las habitaciones inmediatas.

—En el pasillo no vi a nadie, señor.

—Pues habrá que ver dónde se han metido; pero vaya con cuidado que llevan armas.

Registramos la habitación contigua sin ver a nadie. En este momento pensé en el promotor involuntario de la trifulca, a quién había abandonado por mi afán de dar con aquellos dos granujas que me habían agredido.

—¡Por Dios, venga conmigo! —exclamé de pronto—. En mi habitación hay un hombre que tal vez esté herido.

—¿Herido?, —prorrumpió el sereno observándome con evidente sospecha—. ¿Quién le ha herido?

—¡Vaya usted a saber! —repuse yo.

Corrí a mi habitación, y me agaché para ver si el hombre estaba debajo de la cama. Al no descubrir rastros de él, aparté las cortinas, abrí el armario y registré todos los rincones. Nadie. El vigilante me observaba con recelo.

—¡Es extraño! —dije yo.

—Ciertamente —convino el sereno.

—Usted mismo puede ver que la puerta de paso está destrozada —le hice observar.

Aquel tipejo se sonrió de tal modo que de buena gana le hubiese propinado un puntapié.

—Ya veo que ha sido forzada —se limitó a decir.

—Sí, por los dos que me atacaron.

El sereno hizo un gesto de incredulidad.

—¿Pero es qué no cree usted lo que le he dicho? —estallé yo, refrenándome para no perder del todo la calma.

—Yo no tengo por qué creer ni negar —respondió—. Lo que le aseguro es que no vi a nadie en el pasillo. Mañana le daré cuenta de todo al director. Buenas noches.

Al quedarme solo decidí acostarme, y aunque parezca raro tardé pocos minutos en rendirme al sueño.

Capítulo III

Miss Van Hoyt

Aproximadamente a las nueve de la mañana me despertó una persistente llamada en la puerta de mi habitación. Era un camarero que me trajo una carta en una bandeja.

El sobre iba dirigido en caracteres muy claros al Señor Don J. Hardross Courage. No cabía duda que era para mí. Rasgué el sobre, y saqué un papel escrito a máquina. Decía:

«El director saluda respetuosamente a mister Hardross Courage y le ruega que deje la habitación libre antes de mediodía. Lo que siento mucho es no poderle dar ninguna otra habitación del hotel.»

—Que preparen el baño en seguida —le ordené, saltando del lecho—, y que me traigan té. ¡Rápido!

Yo estaba de un humor de mil diablos. Lo acaecido la noche anterior me había dejado frío e indiferente; pero la característica furia británica se desbordó al leer aquella nota insultante. Habían violentado la puerta de mi habitación a medianoche; me había librado milagrosamente de unos forajidos y para colmo de males se me arrojaba desconsideradamente del hotel. Tomé el baño, bebí el té, me vestí de prisa y me dirigí a la oficina.

—Deseo ver al director —le anuncié al empleado que me recibió.

—¿Tiene la bondad de decirme su nombre? —me dijo, cogiendo lápiz y papel.

—Soy mister Hardross Courage.

Las amables maneras del empleado desaparecieron al saber quién era yo.

—Siento tener que decirle que el señor director está muy ocupado y no quiere que le molesten. ¿Puedo yo servirle en algo?

—En nada —repliqué secamente—. Necesito ver al director en persona. Si ahora está ocupado, me esperaré, y si tarda más de lo razonable iré directamente a Scotland Yard para informar de ciertos hechos a la policía.

Primero una actitud de asombro y luego una sonrisa benévola, fueron las reacciones del empleado. Era un tipo bajito y moreno, con gafas. Sus modales no dejaban de ser agradables; pero me miraba con la tolerante benignidad que se dispensa a un niño que acaba de cometer una diablura, y esto me resultaba insufrible.

—Avisaré a mister Blumenstein, señor; pero le repito que tiene mucho quehacer esta mañana —me dijo.

Llamó a un botones; pero tras vacilar un momento abandonó la oficina. Encendí un cigarrillo y me armé de toda la paciencia de que era capaz. Los que pasaban por allí arriba y abajo no me inspiraban el menor interés. De pronto percibí algo que me sobresaltó. Una dama pasó tan cerca de mí que su falda casi me rozó. Era de buena estatura y vestía con elegancia. La seguía una doncella que llevaba en brazos un perrito de aguas japonés. No pude verle el rostro; pero la dama debía ser joven a juzgar por su paso firme y ligero. La consideración que se le dispensó en la oficina daba a entender que pertenecía a la clase social más distinguida. Pero lo que suscitaba mi interés no era simplemente lo que acabo de transcribir, sino el perfume que emanaba de su persona. Era una esencia fina, delicada, exquisita que